



**EL SENTIMENTALISMO EN *CECILIA LA CIEGUECITA* DE ANTONIO  
GIL DE ZÁRATE<sup>1</sup>**

FEDERICO JUAN BRIANTE BENÍTEZ

(federicobriante@hotmail.com)

UNIVERSIDAD DE SEVILLA

Recibido: 29/11/2017. Aceptado: 19/04/2018.

Antonio Gil de Zárate (1793-1861) es una de las personalidades más interesantes de la cultura española del Ochocientos, aunque, por desgracia, bastante olvidada en la actualidad. A lo largo de toda su vida, este escritor escorialense se dedicó, junto a la literatura, a otras actividades de interés público, como la política o el periodismo, lo que lo convierte en un buen modelo del hombre de letras decimonónico (Ramos Corrada, 2000: 93).

Empezando por la política, Gil de Zárate ostentó distintos cargos, como el de director de Instrucción Pública, el de subsecretario del Ministerio de Gobernación o el de Consejero de la Corona, entre otros (Lozano Miralles, 1990: 7). Especialmente significativo es el primero de ellos, dada la gran atracción que siempre mostró este autor por el mundo de la educación: a él le debemos la redacción del Plan Pidal (1845), de gran trascendencia por incluir en los planes de enseñanza la historia de la literatura (Ramos Corrada, 2000: 34), y un tratado sobre la educación en nuestro país, titulado *De la instrucción pública en España* (1855). Además, el propio Gil de Zárate llegó a ejercer la

---

<sup>1</sup> Este trabajo ha sido posible gracias a la Universidad de Sevilla, institución que financia mi actividad investigadora a través de un contrato predoctoral del V Plan Propio de Investigación de dicha Universidad.



docencia durante un tiempo en Madrid, como catedrático de francés (Revilla Gironza, 1842: 18).

En su faceta como periodista, publicó en el periódico *Boletín de Comercio*, en la *Revista de Madrid* y en el *Semanario pintoresco español* (Revilla Gironza, 1842: 19 y 28). Entre las diversas materias que trataba en sus artículos periodísticos, se encuentra la teoría de la literatura, por la que Gil de Zárate sintió verdadero interés; prueba de ello es su *Manual de Literatura* (1842-1844), que ha merecido la atención de estudiosos como Miguel Ramos Corrada (2000) y cuyo valor reside en haber reunido «por vez primera bajo forma de manual unos principios de poética con una historia de la literatura que es, a su vez, la primera en la historiografía literaria en lengua española» (Lozano Miralles, 1990: 11).

Respecto a su producción literaria, que es lo que aquí nos interesa, Gil de Zárate cultivó fundamentalmente el género teatral, dejando una nómina de obras bastante amplia, entre traducciones y originales (Peers, 1973: 173-179); destacan, entre otras, *Un año después de la boda* (1826), *¡Cuidado con las novias!* (1829), *Blanca de Borbón* (1835), *Carlos II el Hechizado* (1837), *Carlos V en Ajofrín* (1837), *Rodrigo* (1838), *El entremetido* (1838), *Rosmunda* (1839), *La escuela de los viejos* (1839), *Don Álvaro de Luna* (1840), *Masanielo* (1841), *Matilde* (1841), *Un monarca y su privado* (1841), *El vaso de agua* (1841), *Un casamiento sin amor* (1841), *Don Trifón* (1841), *¡Atrás!* (1841), *Un amigo en candelero* (1842), *Guzmán el Bueno* (1842), *El hombre misterioso* (1842), *El Gran Capitán* (1843), *La familia de Falkland* (1843), *Guillermo Tell* (1843) y *Cecilia la Cieguecita* (1843). Será esta última obra en la que centraremos el presente trabajo.

La comedia *Cecilia la Cieguecita* se incluye dentro de la literatura sentimental, esto es, aquel conjunto de obras literarias cuya principal finalidad consiste en suscitar fuertemente las emociones del lector / espectador. En España, la literatura sentimental se puso muy de moda en la segunda mitad del siglo XVIII y en el siglo XIX, dada la nueva sensibilidad social y estética que trajo consigo el Romanticismo. Dos fueron los géneros en los que más se desarrolló este tipo de literatura en nuestro país: la narrativa y el teatro.

Respecto al primero (la novela sentimental), es más que conocido el furor que despertó en España durante el Ochocientos; distribuida normalmente «por entregas», logró conectar perfectamente con el sentir de la clase social ya dominante por aquel

entonces, la burguesía (Epple, 1980: 24). En lo que se refiere al teatro sentimental<sup>2</sup>, este fue cultivado por célebres dramaturgos españoles, como Gaspar Melchor de Jovellanos (1744-1811), con *El delincuente honrado* (1773), Antonio Valladares de Sotomayor (1737-1820), con *El fabricante de paños o el comerciante inglés* (1783) y *El trapero de Madrid* (1783), y Dionisio Solís (1774-1834), con *Misanropía y arrepentimiento* (1800), entre otros autores. En relación a la obra que aquí nos ocupa, *Cecilia la Ciegucecita*, se trata de una de las últimas muestras del teatro sentimental en España (Cañas Murillo, 1994: 66), lo que no significa que su capacidad de emocionarnos sea menor que la de las obras citadas anteriormente; antes bien, como intentaremos demostrar en las páginas que siguen, esta obra de Gil de Zárate consigue despertar en nosotros muchas, y muy fuertes, emociones, gracias al modo en que está caracterizado su personaje principal, Cecilia, de quien el texto recibe su título: a esta se la presenta como un ser angelical, sumamente virtuoso, pero, al mismo tiempo, muy desvalido y desgraciado. A continuación, profundizaremos en esta caracterización para ver cómo esta determina nuestras emociones desde la misma aparición del personaje en escena.

Comenzaremos describiendo el perfil angelical de Cecilia. Entre los atributos que contribuyen a configurar dicho perfil, se encuentran la belleza, la modestia, la candidez y la aptitud para el canto.

La belleza física es una de las primeras cualidades de Cecilia de la que tenemos conocimiento en la obra, gracias a las palabras de otros personajes, como Juan (abogado de profesión), Ramón y Clotilde (criado y prometida de Juan, respectivamente):

RAMÓN.                    Suelen pasar,  
                                  y se ponen á cantar  
                                  en frente... Dos hermanitos.  
                                  Venid, venid al balcon,  
                                  los vereis.  
                                  *(Van al balcon, le abren y se ponen á mirar).*

JUAN.                      ¡Qué linda es ella!

RAMÓN.                  Una alhaja.

CLOTILDE.                Sí, muy bella (Gil de Zárate, 1850: 350)<sup>3</sup>.

---

<sup>2</sup> Sobre el teatro sentimental, véanse los trabajos de García Garrosa (1990) y Palacios Fernández (1993).

<sup>3</sup> Para las citas del texto, utilizaremos siempre la edición de las obras completas de Gil de Zárate realizada por Eugenio de Ochoa (Gil de Zárate: 1850), por no haber —que sepamos— ediciones más actuales de *Cecilia la Ciegucecita*. Advertimos que no modernizamos el texto.

Instantes después, cuando Cecilia sube en compañía de su hermano Antonio a casa de Juan, este vuelve a insistir en la hermosura de la joven al verla de cerca:

RAMON. Venid... por aquí... cuidado.  
JUAN. Aun mas preciosa es de cerca.  
CECILIA. Alabado sea Dios.  
JUAN. Pues el chico es una perla (p. 350).

Pero la hermosura física de Cecilia carecería de relevancia en la obra de no estar acompañada también por la belleza espiritual, que le viene dada al personaje por virtudes como la modestia; de ella hace muestra Cecilia cuando Juan le propone que se quede a vivir en su casa para hacerle compañía a su futura esposa; Cecilia interpreta que Juan le está ofreciendo trabajar como criada, pero Clotilde no tarda en aclararle que no es así:

ANTONIO. ¡Oh! ¡qué contento!  
CECILIA. ¡Qué extrema  
bondad!  
JUAN. Aun mas quiero hacer.  
Mi casa será la vuestra:  
vivireis aquí. Tú, Antonio,  
seguirás, como deseas,  
los estudios: tú, Cecilia,  
servirás de compañera  
a mi esposa.  
CECILIA. ¡Qué oigo!  
ANTONIO. ¿Es cierto?  
CECILIA. ¡Ah! señor, sois en la tierra  
[...]  
JUAN. Levantaos;  
solo así á Dios se respeta,  
solo á él esto debeis,  
que á tan buen tiempo os trajera.  
Pues hoy tambien me concede  
la esposa que mi alma anhela,  
es justo le dé las gracias  
con alguna accion benéfica.  
CECILIA. ¿Hoy os casais?  
JUAN. No, mas pronto  
tendré esa dicha.  
CECILIA. Dios quiera  
que como la mereceis  
sea tan grande y completa.  
Aunque de muy poco sirvo,  
yo procuraré que tenga  
vuestra esposa una criada  
en mí.  
CLOTILDE. No, jóven modesta:  
solo seré vuestra hermana,  
vuestra amiga cara, eterna (p. 353).

A la modestia se suma la candidez, una cualidad que es mencionada por Juan y que refuerza, más si cabe, la visión positiva del personaje de Cecilia, en tanto ser fresco, no degradado moralmente:

CECILIA. Cállate, Antonio:  
¿no reparas que molestas  
á estos señores? Y luego  
¿qué les importa...?

JUAN. No creas  
que me incomoda: al contrario.

ANTONIO. Y ¿qué mal habrá en que sepan...?

CECILIA. Pensarán que son embustes.

JUAN. (Su candidez me embelesa). (*Aparte*).  
Acércate, niña hermosa.

CECILIA. Señor...

JUAN. ¿Qué es eso? No temas.

CECILIA. No temo; que vuestra voz  
dulce á mis oídos suena,  
y su acento de bondad  
hasta el corazón penetra (p. 351).

Por último, las cualidades vocales de Cecilia culminan su perfil angelical, que venimos describiendo en estas líneas; esa aptitud de la joven para el canto, que le permite ganarse la vida, es reconocida por el resto de personajes de la obra:

CECILIA. Sola y triste está la niña (*Canta*).  
Ribericas de la mar,  
sola lava, sola tuerce,  
sola tiende en un rosal:  
y al bajel que cruza canta:  
bajelito, ¿me dirás  
si los viste á mis amores,  
si los viste allá pasar?

RAMON. ¡Bravo, bien!

JUAN. ¡Qué linda voz!

CLOTILDE. Otra copla.

CECILIA. Allá va esta. (*Canta*).  
¿Dónde fueron mis amores,  
do los andare á buscar?  
Mar abajo, mar arriba,  
yo los llamo y ya no están.  
Dime tú, buen marinero,  
que Dios te guarde de mal,  
si los viste á mis amores,  
si los viste allá pasar.

CLOTILDE. ¡Perfectamente!

ENRIQUE. ¡Soberbio!

JUAN. Es muy mona.

RAMON. ¡Me enajena! (p. 351).

Una vez vista la caracterización angelical de Cecilia, pasamos a tratar ahora aquellos rasgos del personaje que lo presentan como un ser desvalido, desgraciado; estos rasgos son la orfandad, la pobreza y la ceguera.

Cecilia es huérfana, con la carga sentimental que conlleva dicha condición:

JUAN. Vuestros padres  
¿Qué oficio ejercían? ¿qué eran?

CECILIA. Mi madre murió muy joven:

la conocimos apenas.  
Mi padre era militar,  
y al principio de esta guerra  
murió también combatiendo  
por su patria y por su reina. (p. 351).

Tras quedar huérfana, es un tío de Cecilia quien pasa a encargarse de su educación y de la de su hermano Antonio. El nuevo tutor trata a ambos jóvenes como a sus hijos y promete dejarles toda su herencia; desgraciadamente, el tío muere de manera repentina sin testar, circunstancia que es aprovechada por otros parientes para apropiarse de la herencia y dejar, así, a Cecilia y a Antonio completamente desamparados. Sumidos en la pobreza, ambos se ven obligados a trabajar día y noche para sobrevivir:

JUAN. Descansa.  
CECILIA. No les dé pena:  
todo el día estoy cantando,  
y siempre la voz tan fresca.  
JUAN. ¡Todo el día!  
ANTONIO. Y por la noche  
Tenemos también tarea.  
Entramos en los cafés,  
y de ello, á fe, no nos pesa.  
JUAN. ¿Y si llueve?  
ANTONIO. Ni las lluvias,  
ni los hielos nos arredran.  
JUAN. ¡Tan jóvenes y tan tiernos!  
CECILIA. ¡Qué quereis! Dios nos da fuerzas.  
JUAN. ¿Ganais mucho?  
CECILIA. Lo que basta  
para comer, y aun nos quedan  
algunos ahorrillos (p. 351).

El hecho de que la pobreza que padece Cecilia se presente como el resultado de una injusticia (y de una injusticia acaecida no ya en el seno de la sociedad sino de la familia misma) pretende originar cierta indignación en el espectador y, con ello, reforzar la empatía de este hacia el personaje. Esto hace posible, a su vez, que se despierte en el espectador un sentimiento de compasión, que se ve aumentado, más si cabe, por la ceguera de la joven:

CECILIA. Llevónos consigo un tío,  
alma generosa y buena,  
y cuya grata memoria  
en nuestro pecho está impresa.  
Hijos suyos nos llamaba,  
y de su amor dando muestras,  
mil veces nos prometió  
dejarnos toda su hacienda.  
Educación esmerada  
nos daba á entrambos; yo, ciega,  
no podía ejercitarme  
en las comunes tareas

de mi sexo; pero él  
en instructivas leyendas  
mi entendimiento adornaba  
con cariñosa paciencia.  
También que aprendiese quiso  
la música; y muy contenta  
complacible, pues á veces  
alegraba sus tristezas...  
¡Ah, no esperaba que un día  
mi único recurso fuera!  
¡Buen tío! –Disimulad,  
señor, si su dulce y tierna  
memoria me arranca el llanto  
que hora mi semblante riega.  
RAMÓN. ¡Pobrecita...! Yo también...  
JUAN. Esas lágrimas me prueban  
tu buen corazón... Prosigue;  
que tu historia me interesa.  
CECILIA. ¡Ay, señor! murió mi tío  
de pronto, sin que pudiera  
testar; y aunque todos dicen  
nos corresponde su herencia,  
otra parienta muy rica  
nos la arrebató.  
RAMÓN. ¡Perversa!  
CECILIA. Yo ciega, mi hermano un niño,  
sin apoyo ni experiencia,  
sin medios para seguir  
un pleito... En fin, las riquezas  
de nuestra prima lograron  
quebrantar la vara recta  
de la justicia... y después  
inhumana, sin conciencia,  
nos abandona...y, lo veis,  
esta es hoy la suerte nuestra.  
RAMÓN. ¡Mala mujer!  
JUAN. ¡Infelices!  
RAMÓN. ¡Si en mis manos la tuviera...!  
JUAN. Pero ¿no habeis encontrado  
un protector, un...?  
CECILIA. ¿Quién se echa  
tal carga encima? Cerradas  
hallamos todas las puertas (pp. 351-352).

Ahora bien, no hemos de pasar por alto que, a efectos emocionales, el personaje de Cecilia habría resultado completamente estéril si a los rasgos de huérfana, pobre y ciega no se hubieran sumado aquellos otros rasgos vistos anteriormente (es decir, la belleza, la modestia, la candidez y la aptitud para el canto); en otras palabras, si Cecilia se tratase de un ser perverso, abominable, lleno de defectos, el público no solo no se sentiría condolido de la orfandad, pobreza y ceguera de la muchacha, sino que es bastante probable que, incluso, se alegrara de ello, al creerlo como castigo por la malvada condición del personaje; por el contrario, al ver a una joven de tan bellas prendas como la protagonista de esta obra, el espectador no puede más que conmoverse ante la desdicha

de un ser tan extraordinario. Esto quiere decir que los dos planos del personaje de Cecilia (ser angelical y, al mismo tiempo, desgraciado), que hemos descrito líneas más arriba, no se excluyen, antes bien, se necesitan mutuamente.

Presentado ya el personaje de Cecilia desde el punto de vista caracterológico, procedemos a analizar cómo dicha caracterología consigue emocionarnos a lo largo de toda la obra, a partir de las distintas situaciones que va ofreciendo la trama.

Al poco de instalarse Cecilia en casa de Juan, la joven se percata de que Clotilde está enamorada de Enrique, pupilo de aquel:

CLOTILDE. Palabra por mí mal dada,  
que cumplir es precision,  
¿por qué me tienes atada?  
Si es de uno la fe jurada,  
es de otro mi corazon.  
Y tú, en quien ya solo miro  
un tirano para mi,  
¿cómo estás tan ciego, di?  
¿Cómo no ves que suspiro,  
y no suspiro por ti?

*(Sale Cecilia á tientas por el foro, y exclama al oír las últimas palabras de Clotilde).*

CECILIA. (¿Qué he escuchado, santo cielo? *(Aparte)*.  
Cierto sale mi recelo).  
¿Estais ahí, señorita? (p. 354).

Ante tal situación, Cecilia aconseja a Clotilde que olvide a Enrique y que atienda a su compromiso matrimonial con Juan; a simple vista, este consejo podría parecer insignificante de no ser porque Cecilia ama a Juan, un amor que la joven no confiesa abiertamente pero que es fácil de deducir a tenor de sus palabras:

CLOTILDE. ¿Qué escucho? ¿Luego tambien  
amas tú?

CECILIA. Pues ¿por ventura,  
porque mis ojos esten  
cerrados á la luz pura,  
privada estoy de ese bien?  
*Amo, sí; pero este amor  
hoy vedándomele está  
la gratitud, el honor;  
y aunque muera de dolor,  
jamás del pecho saldrá.*

CLOTILDE. ¿No puedo saber...?

CECILIA. ¡Ah! no.  
Mas de mi amor no se trata,  
sino del vuestro... No ingrata  
seáis á quien os salvó.

CLOTILDE. ¡Ay! esa idea me mata.

CECILIA. Pues bien, vencid la pasion  
que os alucina y os pierde:  
dad oído á la razon;

que harto sufre el corazon  
si la conciencia remuerde.  
¡Vos engañar á don Juan!  
¡Él tan bueno...! Y ¡esta paga  
sus beneficios tendrán!  
Si pierde el bien que le halaga  
las penas le matarán.  
Vos, Clotilde, y yo, *debemos  
acrificarnos por él;*  
y mayor gloria tendremos  
si el sacrificio es cruel,  
que en ello al fin nada hacemos.  
Demás que en su compañía  
os aguarda la ventura:  
no os detenga la figura  
prenda de menos valía,  
que la dicha no asegura.  
Ved, Clotilde, y no os engaño,  
que ese amor es vuestra ruina;  
Enrique, por vuestro daño,  
alberga en su alma mezquina  
la falsedad y el engaño.  
Vos solo veis su persona  
que os ha robado la calma:  
yo, que su amor no aprisiona,  
cuantos vicios amontona  
vi con los ojos del alma.  
Huidle, y creedme, os ruego:  
algo cuesta el resolverse;  
mas doble placer hay luego:  
haber ganado en el juego,  
y haber sabido vencerse (p. 355. La cursiva es mía).

Estamos ante una escena que, por su gran emotividad, probablemente arrancaría alguna que otra lágrima al espectador, pues este tiene ante sus ojos a una joven que, en vez de mostrar una actitud egoísta y mezquina en virtud de todo lo que ha sufrido en la vida (huérfana, pobre, ciega, abandonada por su propia familia, etc.), se comporta de manera heroica, noble, bondadosa, renunciando a su propia felicidad en aras de la de su amado.

Ahora bien, el espíritu de sacrificio de Cecilia no queda ahí: si avanzamos un poco más en la acción dramática, hasta mediados del acto II, llegamos a la escena del encuentro amoroso en plena noche entre Clotilde y Enrique. Este había propuesto a aquella verse en una sala de la casa de Juan cuando todos se hubiesen acostado; cumpliendo su palabra, el joven acude a la cita; todo iba bien hasta que, en un momento dado, Enrique intenta sobrepasarse con Clotilde y esta responde dando voces, que provocan que Cecilia se despierte y se presente en la sala; ante esta situación, Enrique procura salir de la estancia sin hacer ruido pero tropieza con un velador, lo que asusta a Cecilia, que comienza a gritar, al creer que era un ladrón. Clotilde le hace saber que se trata de Enrique, pero ya

es demasiado tarde: los gritos de Cecilia han despertado a Juan y a Ramón. Antes de que estos lleguen a la sala, Clotilde logra escapar y se refugia en su habitación, llevándose el único candelero que quedaba en la estancia. Al descubrir a Cecilia y a Enrique solos y a oscuras, Juan les pide una explicación: Enrique, sin saber qué decir, sale huyendo cobardemente, por lo que es Cecilia quien tiene que afrontar la situación; la pobre muchacha, para encubrir la falta de Clotilde y evitar, de este modo, el sufrimiento de su amado Juan, se atribuye la responsabilidad de lo sucedido:

JUAN.                   ¿Por quién, dime  
vino aquí ese libertino?  
¿Era por ti?

ANTONIO.               Poco á poco,  
señor don Juan; no permito...

CECILIA.               ¡Antonio!

ANTONIO.               Es que hablemos claro:  
aquí jugamos muy limpio;  
y hasta ese punto las chanzas  
pueden llegar.

RAMON.                 ¡Desatino!

                          ¿Ella, señor...? Ni por pienso.

ANTONIO.               Os debo mil beneficios,  
daré la vida por vos;  
¡pero que empañéis el brillo  
de nuestro honor...! Eso nunca;  
no me es dable consentirlo.

JUAN.                   Con todo, es fuerza aclarar...

ANTONIO.               Lo que sé es que el señorito...

CECILIA.               ¡Antonio!

ANTONIO.               Si á decir fuera  
Á quién hacer suele guiños...  
(¡La va á perder!) (*Aparte*). ¿Callarás?

CECILIA.               ¡No me hagan soltar el pico...!

ANTONIO.               ¡Dios! ¿Qué dice...? ¿Por ventura...?

JUAN.                   ¡Dios! ¿Qué dice...? ¿Por ventura...?

CECILIA.               No le hagais caso; es un niño  
que ignora...

ANTONIO.               Sí... ¡ya!

JUAN.                   Cecilia,  
sácame de este martirio.  
Tú lo sabes, tú. ¿Por quién  
ese hombre, dime, ha venido?  
¿Es por ti?

ANTONIO.               No.

CECILIA.               Sí, señor:  
Por mí fué.

JUAN.                   ¡Por ti!

ANTONIO.               ¡Qué ha dicho!

RAMON.                ¡Jesus! (*Santiguándose*).

ANTONIO.               No, no puede ser.

CECILIA.               Sí...sí...por mí. (*Con resolucion*).

ANTONIO.               ¡Te has perdido!

JUAN.                   ¡Desdichada!

CECILIA.               (¡Santo Dios,  
acepta este sacrificio!) (*Desfallece*). (p. 361).

Con este proceder, Cecilia lleva a cabo un acto de sacrificio aun mayor que el que mencionábamos anteriormente, puesto que, antes de verse involucrada en este embrollo, Cecilia contaba con la estima y admiración de Juan, aunque tuviera que renunciar a su amor por este; pero, después de lo sucedido con Clotilde y Enrique, la imagen de la muchacha quedaría mermada para Juan, como ella misma afirma en la conversación que mantiene con su hermano:

ANTONIO.    ¡Ah! por Dios, en un hermano  
                  que te ama confianza ten.  
                  ¿Qué penas pueden ser esas?  
                  ¿Mayores las puede haber  
                  que esta mengua inmerecida  
                  con que hoy manchada te ves,  
                  y que ante el mundo...?

CECILIA.        Y ¿á mí  
                  Qué me importa el mundo, qué?  
                  ¿Qué tiene con ese mundo  
                  la pobre ciega que hacer?  
                  Me despreciarán, con mofa  
                  me señalarán tal vez,  
                  se reirán de mí...En buen hora;  
                  rian, muestren su desden:  
                  por fortuna ni su risa,  
                  ni su mofa puedo ver.  
                  Mas un hombre hay en la tierra,  
                  un hombre solo, ante quien  
                  virtuosa, pura, sin mancha,  
                  anhelaba parecer.  
                  Su aprecio era mi existencia,  
                  su opinion mi único bien;  
                  Y hora á sus ojos infame,  
                  odiosa, me hace el deber.  
                  Yo nada mas le pedia  
                  que esto que á perder llegué;  
                  y esto á mi dicha bastaba;  
                  que en éxtasis de placer,  
                  tal vez, mudamente unidas  
                  nuestras dos almas pensé;  
                  cual dos espíritus puros  
                  que ante el Soberano Ser  
                  sus angélicos amores  
                  gozan allá en el Eden (pp. 363-364).

Estas emotivas palabras de Cecilia, a las que se suma el desvanecimiento que había sufrido la joven momentos antes, traslucen su enorme sufrimiento y cargan la escena de gran patetismo.

No obstante, la emoción que despierta en nosotros el personaje de Cecilia continúa en lo que queda de obra, como es posible comprobar en la conversación que aquella mantiene con Enrique, en presencia de Ramón y de Antonio.

Cecilia quiere hablar con Enrique para convencerle de que ambos deben abandonar la casa de Juan, después de lo ocurrido. Como cabía esperar, al escuchar la propuesta de Cecilia, Enrique reacciona con una actitud chulesca, lo que no hace más que reforzar, por contraste, la imagen positiva de Cecilia frente a la negativa de Enrique; merece la pena reproducir el extenso fragmento:

ENRIQUE. ¿Ha de hacer una sonada  
por eso? Fuera locura.  
Hicimos mal, ¿qué remedio?  
Pues lo sabe, no hay mas medio  
que llevarlo con dulzura.

CECILIA. No lo sabe.

ENRIQUE. ¿No?

CECILIA. Aquí solo  
Á mí me encontró.

ENRIQUE. Sí, es cierto.

CECILIA. Pues nada le he descubierto;  
y hago mas; mi fama inmolo.

ENRIQUE. No entiendo...

CECILIA. Para salvarle  
la suya, y tal vez la vida,  
que era yo la seducida  
hube, al fin, de confesarle.

ENRIQUE. ¿Tú le has dicho...?

CECILIA. Que aquí vos  
vinísteis solo por mí.

ENRIQUE. ¿De veras, lo has dicho?

CECILIA. Sí.

ENRIQUE. ¡Buena ocurrencia, por Dios!  
¡Ah! ¡ah!

RAMON. Y ¡se rie!

ENRIQUE. ¡Divina!

ANTONIO. Estoy por...

CECILIA. ¿Os hace gracia?

ENRIQUE. Es golpe de diplomacia  
que él solo vale una mina.

CECILIA. Un sacrificio es que ofrezco  
en las aras del deber:  
si no podéisle entender,  
don Enrique, os compadezco.

ENRIQUE. ¡Oh! le comprendo, sí tal.

CECILIA. ¿Vuestra razon no percibe  
que igual deber os prescribe  
otro sacrificio?

ENRIQUE. ¿Cuál?

CECILIA. El salir vos de esta casa.

RAMON. Bien dicho.

ENRIQUE. ¡Vaya una idea!  
Si tú quieres irte, sea;  
mas yo...

ANTONIO. ¡La ira me abrasa!

CECILIA. Yo saldré, no lo dudeis,  
sé que estar aquí no puedo;  
mas si á mi desgracia cedo,  
tambien conmigo saldreis.

ENRIQUE. ¡Bah!

CECILIA.               Pues me manda la suerte  
esta casa abandonar,  
la sierpe no he de dejar  
que aquí su ponzoña vierte.  
ENRIQUE.             ¡Bueno fuera porque tú  
lo quieres...!  
CECILIA.               Vuestra conciencia...  
ENRIQUE.             Es solo mi conveniencia.  
RAMON.               ¡Este hombre es un Belcebú!  
CECILIA.             ¡Ah! por Dios, os lo suplico,  
sed generoso, señor:  
no vea yo con dolor  
que en vano me sacrifico.  
Duelo eterno, triste llanto,  
me impone esta accion penosa;  
mas puedo aun ser dichosa  
si salvo á quien debo tanto.  
Vos con mucha mas razon  
debéisle amor, gratitud,  
Y no es tan grande virtud  
el vencer una pasion.  
En ser, cual nos cumple, buenos,  
no nos quedemos atrás;  
y pues hice yo lo mas,  
haced siquiera lo menos.  
ENRIQUE.             Yo te doy el parabien  
si tan linda accion has hecho:  
hágate muy buen provecho;  
mas yo aquí me encuentro bien.  
ANTONIO.             ¿Con que no os quereis marchar?  
ENRIQUE.             No

(p. 365).

En estos versos se hace evidente el maniqueísmo en el que se mueven los personajes de *Cecilia la Ciegucecita*, que es precisamente uno de los rasgos que define el teatro sentimental (Cañas Murillo, 1994: 54 y 58), en el que se incardina esta obra, como se dijo más arriba.

Concluiremos nuestro recorrido por esta pieza teatral de Gil de Zárate analizando otro de los momentos más emotivos de la misma, aquel en que Cecilia confiesa su amor a Juan.

Con la ayuda de Pedro, un criado de Juan, Enrique consigue nuevamente hablar a solas con Clotilde, a la que pretende convencer de que se fugue con él; aunque al principio la joven se muestra renuente, termina atendiendo la demanda de Enrique, tras amenazarla este con quitarse la vida. Cuando Juan se entera de la fuga de ambos amantes, se altera enormemente e intenta suicidarse valiéndose de unas pistolas que Enrique había dejado olvidadas sobre una mesa; al ver lo que estaba a punto de ocurrir, Cecilia irrumpe en la sala estremecida y detiene a Juan; ante el abatimiento de este, la joven acaba declarándole

su amor, al que el abogado corresponde enternecido, en unos versos cargados de sentimentalismo, como el lector puede comprobar:

JUAN.           ¿Tanto sintieras mi muerte?  
CECILIA.       ¡Mal lo sabeis todavía!  
JUAN.           Mas si me arranca la suerte  
                  todo placer y alegría...  
                  [...]  
                  Abrir mi pecho al amor  
                  por último consentí;  
                  y ahora que con dolor  
                  cifro mi vida en su ardor,  
                  el amor huye de mí.  
CECILIA.       ¡Huir de vos, cielo santo!  
                  ¡Huir el amor de vos!  
                  De que eso digais me espanto.  
                  Aun hay quien os quiere tanto,  
                  que os quiere al igual de Dios.  
JUAN.           ¿Yo amado? ¡Vana quimera!  
CECILIA.       ¿Vana...? Y bien... Si se os dijera:  
                  Existe en la tierra un ser  
                  que, nacido á padecer,  
                  nunca dichas conociera;  
                  que ha días sufriendo se halla  
                  ese dolor que os aqueja,  
                  y mientras á vos la queja  
                  siquiera os alivia, él calla,  
                  y oculto en su alma le deja:  
                  un ser que rogaba al cielo  
                  quitase toda esperanza  
                  á su mas ferviente anhelo,  
                  con tal que os diera en el suelo  
                  dichas mil y bienandanza...  
                  Si se os dijera, señor,  
                  que, expuesto á vuestros enojos,  
                  en sus extremos de amor  
                  se deshonró á vuestros ojos  
                  por ahorraros un dolor...  
JUAN.           ¡Qué oigo, ó Dios!  
CECILIA.       Y si ademas  
                  ese ser tan desdichado,  
                  cuyo amor no se ha mostrado  
                  ni se ha cansado jamas,  
                  se hallase aquí, á vuestro lado;  
                  y pronto á participar  
                  de vuestra pena y quebranto,  
                  pronto con vos á llorar,  
                  aceptando sin pesar  
                  la mitad de vuestro llanto;  
                  en su ardorosa pasion  
                  su existir os consagrara,  
                  y á vuestros piés demandara  
                  restos de ese corazon  
                  que otra ya despedazara...  
JUAN.           ¡Tú, Cecilia!  
CECILIA.       Perdonad (*Arrojándose á sus piés*).  
                  si así con tal libertad  
                  á su delirio se entrega  
                  esta miserable ciega,

JUAN. y de ella tened piedad.  
¡Tú me amas, tú! ¿Con que es cierto?  
¡Aun puedo inspirar amor!  
¡Para la dicha no he muerto!  
¡Ah! de un sueño de dolor  
páreceme que despierto.  
Sí, tú, Cecilia, tú eres  
la esposa que he menester;  
tú sola sabes querer:  
¡necio que en otras mujeres  
fuí los ojos á poner!  
¡Tú de todas tan distinta,  
la mejor, la mas virtuosa,  
y tambien la mas hermosa,  
porque en tu cara se pinta  
tu alma pura y candorosa!  
Contigo ¡qué dulce paz  
el corazon disfrutara!  
Y en medio de este solaz,  
¡Cuál mi ánimo se ensalzara,  
siendo de todo capaz!  
Y yo te amaré tambien,  
tambien yo te haré dichosa,  
y en tierno union deliciosa,  
serás mi vida, mi bien,  
en fin, tú serás mi esposa.

CECILIA. ¡Yo vuestra esposa! ¿Qué oí?  
¡Yo tanta felicidad!  
No, no puede ser... Piedad,  
señor...no os burleis de mí:  
ved que fuera una maldad.

JUAN. Sí, lo serás: no lo dudes...  
Sí, la mano te daré,  
con la tuya me honraré;  
y vano con tus virtudes,  
mil venturas gozaré.

CECILIA. ¿Con que es cierto...? ¡Yo estoy loca!  
¡Vuestra esposa! ¡Qué existir  
de placeres mi alma toca!  
Llegad... que pueda imprimir  
en vuestra mano mi boca.  
¡Ay, este es mi esposo...! O cielo,  
¡que pueda verle...! Este velo  
solo un punto me quitad...  
¡Tenga una vez tal consuelo,  
y torne á mi oscuridad! (pp. 374-375).

Tras estos versos, entran en escena Antonio y Ramón. Ambos han descubierto, cerca de un cuartel de la milicia, a Enrique y a Clotilde; esta había sufrido un desmayo y estaba siendo asistida por los guardias; Enrique, por su parte, al percatarse de la presencia de Antonio y de Ramón, había echado a correr, pero los milicianos, a los que Ramón había hecho creer que se trataba de un ladrón, le disparan y le hieren en la rodilla. El joven es trasladado al hospital y Clotilde, ya vuelta de su desmayo, se dirige a casa de Juan, pero este no consiente en recibirla.

Así pues, como vemos, la acción dramática tiene un final feliz para Cecilia y Juan, que acaban prometidos, y un final funesto para Enrique y Clotilde. Como suele ser frecuente en el teatro sentimental (Cañas Murillo, 1994: 52 y 61), la virtud es premiada y la maldad castigada.

*Cecilia la Ciegucecita* cosechó un éxito enorme en su tiempo, a tenor de las numerosas representaciones que tuvo la obra, de lo que nos informa la prensa de la época<sup>4</sup>:

- Año 1843: 7, 8, 9, 10, 15 y 19 de febrero, 12 de marzo, 7 y 11 de diciembre (teatro del Príncipe).
- Año 1844: 16 de mayo, 15 de septiembre, 27 de octubre y 8 de diciembre (teatro del Príncipe); 10 de octubre (teatro de la Cruz); 1 y 18 de agosto (teatro Variedades).
- Año 1845: 19 de abril y 1 de octubre (teatro del Príncipe).

Con estos datos, es posible afirmar que Gil de Zárate había cautivado con su personaje al público teatral de la época, que se sentiría conmovido desde el principio por Cecilia, una joven cuya modestia, candidez y gran bondad terminan recibiendo, finalmente, su justa recompensa.

#### REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

EPPLE, Juan Armando (1980): «Notas sobre la estructura del folletín», *Cuadernos hispanoamericanos*, n. ° 358, pp. 147-155.

GARCÍA GARROSA, María Jesús (1990): *La retórica de las lágrimas. La comedia sentimental española, 1751-1802*, Valladolid, Universidad de Valladolid-Caja Salamanca.

---

<sup>4</sup>Casi todos los anuncios que hemos encontrado sobre los días de representación de *Cecilia la Ciegucecita* aparecen en el periódico *El Eco del comercio*. Disponible en: «<http://hemerotecadigital.bne.es/details.vm?q=id:0003031184&lang=es>» (fecha de consulta: 23/11/2017)

GIL DE ZÁRATE, Antonio (1850): *Obras dramáticas*, ed. E. de Ochoa, París, Baudry.

LOZANO MIRALLES, Rafael (1990), «Estudio preliminar», en Piero Menarini (ed.),  
«*Guzmán el Bueno*» de Antonio Gil de Zárate, Bologna, Atesa Editrice, pp. 5-32.

PALACIOS FERNÁNDEZ, Emilio (1993): «La comedia sentimental: dificultades en la  
determinación teórica de un género dramático en el siglo XVIII», *Revista de  
Literatura*, LV, pp. 85-112.

PEERS, Edgar Allison (1973): *Historia del movimiento romántico español*, Madrid,  
Editorial Gredos.

RAMOS CORRADA, Miguel (2000): *La formación del concepto de historia de la literatura  
nacional española. Las aportaciones de Pedro J. Pidal y Antonio Gil de Zárate*,  
Oviedo, Departamento de Filología de la Universidad de Oviedo.

REVILLA GIRONZA, José de la (1842): «D. Antonio Gil de Zárate», en Nicomedes Pastor  
Díaz y Francisco de Cárdenas (eds.), *Galería de españoles célebres  
contemporáneos*, Madrid, Imprenta de Don Vicente de Lalana, II, pp. 1-53.